

esos gobiernos, la opinion pública busca el equilibrio, como las aguas, y su equilibrio se encuentra en la libertad. Tampoco hay que engañarse sobre la naturaleza de la libertad, ni desconocer su verdadero carácter. La libertad es celosa y recelosa. No cree ni puede creer en la infalibilidad, ni de los gobiernos, ni de los repúblicos, ni de los poetas. La libertad política no cree sino aquello que su razon le ha mostrado bueno. Y por eso la política libre de la antigüedad tenia su comedia, como una especie de juicio público, al cual eran citados los grandes generales, los grandes poetas, los oradores, los gobernantes, los filósofos, los partidos; y todos allí, á la luz y al aire libre, hacian exámen de conciencia, confesaban sus culpas, ponian de manifiesto sus contradicciones, sus debilidades, y llevaban el condigno castigo. Y yo lo digo con franqueza, señores, dado que no seamos ángeles, prefiero este juicio público, muchas veces injusto, al silencio sépulcral, que pesa horriblemente sobre los desgraciados pueblos que son esclavos. La libertad, como es la ley de nuestra naturaleza, encuentra en sí misma su verdadera norma, su verdadera razon.

Aristófanes, con una gracia inimitable, con una facilidad en el diálogo nunca bien alabada y encarecida, con una intencion más ó ménos recta, con un grán amor á las tradiciones antiguas, á la antigua religion, pinta magistralmente, sin

que haya tenido rival, las mujeres, que ansiosas de emanciparse y de gobernar la república, abandonan los quehaceres domésticos, y mientras pronuncian calorosos discursos, dejan que se agujeree la ropa de sus maridos y de sus hijos; (Risas) los poetas, que han abandonado el Olimpo, y la grande historia heróica para gozarse en pintar las miserias humanas, y la fria realidad del mundo; los ricos que insultan con su lujo mal ganado en las guerras civiles, el hambre y los arapos del pueblo; (Aplausos) los celos y recelos de los partidos democráticos, que á cada instante creen ver en sus grandes oradores, en sus grandes tribunos, apóstatas y traidores; las mañas de los hombres que dirigen la república, muy largos de promesas en la desgracia, muy cortos para realizarlas en el poder; los oradores, que cuando necesitan gloria y nombradía, llaman rey, soberano al pueblo, y cuando ya han conseguido esa gloria y esa nombradía, la venden al poder, y llaman al pueblo vil canalla; (Aplausos) los generales, que creen que por llevar una espada todos les deben la vida, espada que hoy desenvainan por la libertad, que mañana desenvainan por la tiranía, que desenvainan siempre por su propio poder, (Risas y aplausos) vicios todos muy comunes allá, señores, en tiempo de Aristófanes. (Ruidosos y prolongados aplausos.)

Aristófanes detesta la democracia ateniense.

Para él nada hay más ridículo que los recelos del pueblo. En una de sus comedias se queja de que no es hacadero á nadie libertarse de la gran sospecha de aspirar á la tiranía. Hace cincuenta años, dice, no se oía en Atenas la palabra tiranía. Hoy es más comun que el salazon en el mercado. Si uno va á comprar buen pescado y se acerca á un puesto, dicen los demás vendedores; va ahí á comprar caro porque quiere alimentarse á lo tirano. Si ácertais á preguntar si hay puerros para hacer una ensalada de anchoas, inmediatamente la verdulera, mirándoos de reojo, exclama: aspirais á la tiranía, cuando con tan delicados manjares quereis alimentaros. Mas al mismó tiempo que ridiculizaba estos recelos, propios de un pueblo que ama sobre todo su libertad y su derecho, y está muy escarmentado de los antiguos tiranos, al mismo tiempo combate en las nubes las tendencias de los filósofos á combatir el paganismo. Allí es de ver la inagotable gracia con que se rie de las argumentaciones dialécticas; los coros de nubes, á que compara las ideas del filósofo el estupor de un discípulo, que ha perdido el hilo de su meditacion, merced á un imprudente portazo; las preguntas de un patan sobre la esencia de la filosofía; las terribles iniciaciones por donde ha de pasar el que desee entrar en el templo misterioso de la ciencia. El nombre de Aristófanes irá siempre unido al martirio de Sócrates. Antes que el Areó-

pago presentara al gran filósofo la copa de veneno, el cómico le habia ofrecido ya la copa de amarga hiel, la risa del pueblo. Aquellas carcajadas, sin embargo, eran el estertor del paganismo ya moribundo, al paso que la muerte del anciano Sócrates era como el sueño tranquilo de un niño, que repara sus fuerzas en una cuna de flores. Aristófanes, para responder al sentimiento del pueblo, debia pintarle con horror los graves males de una filosofía que el pueblo no alcanzaba á comprender. Es muy fácil que el sentimiento diga ciegamente: eso es mentira, lo crea el sentimiento. Es muy difícil que la razon examine friamente una proposicion, una doctrina, y la aquilate, la comprenda y la juzgue despues de maduro examen. El cómico mató al filósofo. Pero hartó ha pagado su crimen con las maldiciones que han caido sobre su memoria. La verdad es que Aristófanes defendia las tradiciones de Atenas, la justicia, la religion de su patria; por eso, si á la luz de la razon universal es culpado, á la luz de las ideas de su tiempo, al condenar á Sócrates condenaba la eterna verdad, pero defendia la fé de su pueblo. Me he detenido, señores, sobre este punto para que se vea la influencia, el poder omnímodo que gozaba lo comedia en el mundo clásico; influencia y poder incontrastables. En Aristófanes lo que principalmente estalla, lo que mueve en realidad á risa, es el antagonismo evidente que

hay entre la grandeza de la República, de la ley, de las instituciones, y la pequeñez de los hombres; la grandeza de la religion, del culto de los antiguos dogmas, y la pequeñez de los dioses mismos; porque hasta á los pobres dioses alcanza el alma del ridículo.

Aristófanes al mismo tiempo que critica la política, la filosofía de su patria, critica severamente á los poetas. En las *Ranas* presenta á Esquilo y á Eurípides, que aplica el verso ligero y breve á la gran tragedia antigua; que ha empequeñecido todos los grandes personajes antiguos; que ha hecho lo poético prosáico, lo maravilloso vulgar, lo sublime rastro y pequeño. En esto merece, señores, el cómico todo mi aplauso. Él reina en el mundo real, en el mundo de la prosa, y quiere que el poeta verdaderamente trágico, reine en el mundo ideal, en el mundo de la poesía. Este mal del realismo, que Aristófanes veía tan recrudecido en su tiempo, es mal también de nuestra sociedad, también de nuestro tiempo. El arte, la poesía deben completar lo eterno, lo esencial, lo que está más allá del espacio y dura más que el tiempo, la idea; sí, la idea incondicional y absoluta, superior á la fugaz corriente de los hechos y de los fenómenos en el mundo y en la naturaleza. La tragedia es lo general, la comedia lo particular, lo individual.

En Roma no podía existir, señores, el género

de comedia política. No era posible. Hasta en esos mismos accidentes échase de ver, y es de admirar, cómo Roma, la nación más impiamente lógica de toda la historia, era fiel á las ideas fundamentales de su vida. Roma, cuyo gobierno tenía algo de la augusta grandeza de Oriente, no podía consentir que sus grandes repúblicos fueran ridiculizados en el teatro. Tiene la Ciudad Eterna dos poetas cómicos. Pero estos dos grandes poetas cómicos son las dos fases de su vida, los dos aspectos de su política. Plauto es apasionado como la plebe; Terencio culto como la aristocracia. El primero bajo sus personajes griegos, encierra el pueblo rey; el segundo muestra las preocupaciones de la aristocracia. Por eso el pueblo defiende y aplaude á Plauto en el teatro como á sus tribunos en la plaza pública. Y la aristocracia defiende y aplaude á Terencio en el teatro como á sus cónsules y á sus pontífices en el senado. Y hé aquí una prueba más de lo fiel que es la literatura al espíritu de su sociedad y de su tiempo.

La poesía clásica, el arte clásico que había mostrado todas las brillantes fases del espíritu, que había recorrido todos los grados de la vida, tenía sobre sí una sentencia de muerte. La ley del mundo clásico era la armonía entre la forma y el fondo, entre el espíritu y la naturaleza. La forma de arte, que rompiera esta armonía, debía preparar el tránsito del mundo moderno, del arte

clásico al arte cristiano. Este género de poesía era la sátira; sí, la sátira, que representaba sus tres grandes personificaciones en Horacio, Juvenal y Persio. La oposición entre la conciencia y el mundo, entre la moral y la sociedad, entre el espíritu y la naturaleza, entre la forma y el fondo, es la esencia de la sátira. El arte clásico va á morir; en nuestras sucesivas lecciones asistiremos á su lenta y congojosa agonía. La oposición entre la sociedad y el ideal humano es cada vez más grande en la sátira, creación propia de los poetas romanos. La armonía de la forma, del fondo, del espíritu y de sus manifestaciones, rota en la sátira, debía ocasionar un nuevo arte. Nunca se descompone en la conciencia y en la historia una idea que no produzca otra idea; como no se descompone una sustancia en la naturaleza, sino para dar de sí otra sustancia, otra nueva vida. La sátira indica que el elemento espiritual predomina al sensible, que el alma se disgusta del mundo en que vive y torna sus ojos á otro mundo más alto, en pos del verdadero ideal de la justicia y de la hermosura. El arte antiguo, tan puro y tan grande, se deshace, se descompone en la prosa de la sátira, en la cual se manifiesta el cáncer que devoraba las entrañas de aquella sociedad, y su corrupción y la ruina de todos sus elementos y muerte. Horacio tiene un carácter profundamente satírico. El hastío que le causa la vida de Ro-

ma en comparación con los sueños de su mente, ó con el recuerdo de otros días de la patria historia, es de un efecto mágico y sublime; porque parece que se oye en su cuna, apenas recién-nacido, el primer estertor de la agonía del Imperio. Persio, sucesor de Horacio, jóven, más bien que el pintor que traza un cuadro es el moralista que dogmatiza sobre lo olvidados que andan de sus deberes los hombres. Juvenal persigue incansable con su látigo siempre levantado los vicios de su sociedad y de su tiempo. Mas por cualquier lado que se examine, se verá que la sátira es el signo de la inevitable descomposición de aquella sociedad y de aquel arte.

Resumamos, señores, nuestras ligeras observaciones. El arte simbólico es como el Oriente, el arte del sentimiento, el arte de la naturaleza. En este gran género de arte, el mundo exterior es el único tipo á que se ajusta el artista. La creación es el ideal que flota á los ojos del poeta, inundado de luz, de vida, de colores. Lo mismo sucede con toda la vida de Oriente; sus dioses son fuerzas del universo, sus religiones grandes sistemas cosmogónicos, su política la teocracia, y su esencia social la bárbara casta. Mirad cualquiera de estas fases de la vida del Oriente, y encontrareis en todas una misma idea; encontrareis en todas la unidad del alma, como en nuestras diversas facultades vemos la unidad de la inteligencia.

Pero un día, el arte simbólico se descompuso, tendiendo á la escultura clásica de Egipto, á la enseñanza moral, independiente de la religion, por medio del apólogo. Entonces ya presagiaba el arte simbólico el nacimiento del arte clásico; ó mejor dicho, el arte oriental llevaba en sí el arte griego. Así como el Oriente es dominio de la naturaleza sobre el hombre, Grecia es la union amorosa del hombre con la naturaleza. Y como el arte es el reflejo de la sociedad, el arte clásico es tambien la union de la idea y de la forma, del espíritu y su manifestacion en deliciosa armonía. Este es el carácter de toda aquella civilizacion; armonía entre los dioses y los hombres, entre la moral y la conciencia, entre las leyes y la religion, entre el Estado y el ciudadano, entre el espíritu y el cuerpo; armonías en todo como sucede en sus bellísimas artes. ¡Cuán cierto es, señores, que el espíritu humano es uno en esencia, y que el Estado, el derecho, el arte, la ciencia no son más que la série maravillosa de sus manifestaciones! Cuando el mundo romano aparece, el arte antiguo siente un desequilibrio en sus elementos. El espíritu, que en Grecia se encierra tan fácilmente en las formas, en Roma supera á las formas. El pensamiento del hombre ha crecido más, mucho más que su manifestacion. La armonía entre el fondo y la forma se rompe, porque el espíritu romano, al hacerse universal y humanitario,

presintió la venida del Cristianismo. Pero donde se conoce muy especialmente esta gran trasformacion es en la sátira, y en Horacio, su eterno modelo. Y hay oposicion entre el espíritu y la forma, entre la conciencia y el Estado, entre la ley y las costumbres, entre la moral y los códigos, entre el alma humana y el mundo; oposicion de que necesariamente ha de provenir la muerte del clasicismo. Así en el desarrollo del espíritu humano sucede lo mismo que en la naturaleza. *Natura non facit saltus*, dicen los naturalistas. El espíritu, de la misma suerte no pasa de una idea á otra idea, de una edad á otra edad, de una faz de su vida á otra faz, sino por medio de lentas y sucesivas gradaciones, que hacen de toda su vida como una misteriosa cadena, ó hablando más científicamente, como una no interrumpida série. Por eso descompuesto por su propia virtud el arte clásico, vino el arte cristiano. En el arte oriental el espíritu está sometido á la forma; en el arte clásico el espíritu y la forma se identifican; en el arte cristiano la forma, la naturaleza se somete obediente al espíritu. En Asia el ideal es la naturaleza, en Grecia el ideal es el hombre, en el mundo moderno el ideal es Dios. Por eso en Asia la forma es grande y monstruosa, en Grecia es armónica y bella, y en el Cristianismo la forma ni alcanza ni puede alcanzar jamás á la grandeza de la idea. El arte cristiano será el del amor infi-

nito, el de la tristeza inextinguible, el de las eternas aspiraciones, el arte en una palabra, que se perderá como un ángel en el cielo. Ya veremos, señores, en las sucesivas lecciones este carácter del arte en el Cristianismo.

He concluido, señores. Si mi débil voz pudiera ser oída de los poetas, de esos privilegiados seres que llevan en su frente una corona de luz y en sus labios el néctar purísimo de una idea divina, les aconsejaría que pararan mientes en este cuadro; que consideráran como los poetas han sido grandes por ser fieles al espíritu de su siglo, que no se empeñáran en resucitar cadáveres, en vivir en el fondo del polvo de los siglos que ya han muerto, que ya han pasado; que vieran como los grandes triunfos de la industria, los pasmosos progresos de la razón humana, la conciencia más clara que de Dios y de su providencia y de la religión tiene este siglo, las conquistas de la libertad, el reinado del derecho, el profundo sentimiento humano, el ruido que hacen las cadenas de los siervos al fundirse y quebrarse merced al grande y poderoso influjo de la civilización, nuestras pasmosas tempestades morales, todo lo que hay de hermoso en nuestro siglo, debe inspirar al poeta; y si no recordad un ejemplo reciente, que es una gran enseñanza; recordad que mientras los poetas que han cantado sus sentimientos livianos, sus amores egoístas, mueren en el olvi-

do, Quintana coronado en vida, llorado universalmente en muerte, perpetuado en mil imágenes en nuestras calles, en nuestras plazas, y grabado indeleblemente en el agradecimiento del pueblo, dice, que hay una voz que no se pierde, un canto que no se extingue, la voz y el canto que se consagra á hermosear y defender la santa causa de Dios, de la libertad y de la patria.—He dicho. (Aplausos prolongados.)

FIN DEL TOMO PRIMERO.